

—Yo creo, señora Condesa, que Dios me ha mandado á su casa más por mí que por aquella infeliz! ¡Tengo tanta necesidad de guía y de sostén en mi tristísima situación! Al entrar en la Sociedad que la señora preside para dedicarle todo el tiempo que tengo libre, me parecería encontrar un puerto de refugio tras terrible tempestad, renacer á una nueva vida después de una enfermedad mortal... Pero...

—Pues le digo que la cosa está hecha y todas mis asociadas se felicitarán de ello. Aquí tiene usted una copia de nuestros estatutos. Léalos usted y así conocerá de qué se trata, y cuáles son las condiciones para formar parte de nuestra Asociación. Pero, cuidado—añadió sonriendo—cuidado con caer de la sartén en las brasas.

—No comprendo.

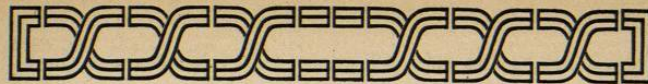
—Quiero decir que para escapar al feminismo de la señora Schwitzer no vaya á caer en otro peor.

—¡Por Dios, señora, es lo que deseo, aunque sólo sea para probar á mi protectora que no merezco nuevos artículos de periódicos!

—Entrando en nuestra Sociedad le harán á usted una guerra cruel.

—No importa. Combatiré bajo buena bandera. Además, quien hace buena guerra, hace buena paz.

Y después de decir estas palabras, pidió á la Condesa permiso para retirarse. Quiso besarle de nuevo la mano, pero la Condesa la estrechó en sus brazos, y la besó en la frente con gran afecto.



XI

Maternidad social.

UNA vez llegada á su casa, Ida leyó de un tirón los estatutos de la Sociedad. No hay que decir la complacencia que experimentó al ver con cuán maravillosa eficacia estaban previstos todos los fines piadosos de la benéfica institución, con el auxilio de todas las adscritas, cuyas funciones se hallaban contenidas en el reglamento.

Releyó otra vez aquel precioso librito, que era como el código ó el reglamento de la nueva vida que debía guiarla en el ejercicio de la caridad evangélica, deteniéndose á considerar los puntos más importantes; y con su sagaz entendimiento penetró todo su espíritu, que se conformaba con el suyo en todo y por todo.

La *Alianza femenina* debía su origen, y su organización, al corazón magnánimo de la condesa Aurelia Storní.

Unida á los diez y nueve años con el conde Alfredo, que la adoraba, correspondió á su cariño, consagrando á su esposo vida y alma. Y como el amor femenino, cuanto más vivo es y más tierno, tanto más teme por la persona amada, supo con temor, que el Conde antes de casarse, había sido uno de los alpinistas más famosos, distinguiéndose entre todos ellos por sus

excursiones en los más peligrosos y más inaccesibles glaciares. Asaltada de un vago presentimiento la Condesa hizo jurar á su marido que sin el consentimiento de ella no emprendería ninguna gira por los Alpes.

Pero habiendo ido el Conde á Turin para ciertos asuntos y encontrándose con un caballero suizo, antiguo compañero de colegio, éste lo invitó á una partida de caza de gamuzas en sus posesiones de Vallese. El Conde ante los reiterados ruegos de su amigo no tuvo más remedio que aceptar, y partió con él para el castillo de Visp (Viège) donde abundaba la caza de las gamuzas.

Concluída la excursión, con gran honor para el Conde que había cobrado muchas piezas, y mientras se preparaba para volver á Turin, el amigo le dijo poniéndole la mano sobre los hombros y mirándole fijamente:

—Tengo que pedirte un nuevo favor.

—¿Cuál?

—Que vengas conmigo á la cima del Monte Cervino.

—Imposible... Mi mujer me aguarda.

—¿No hay otro impedimento?

—¿Te parece poco?

—¡Bah! No estás ya en la luna de miel. Además el caso ha sido previsto y resuelto por anticipado... Mira este telegrama que he redactado en tu nombre. «Circunstancias imperiosas me obligan á diferir la vuelta. Estoy perfectamente... Adios.» Hoy va un criado á Turin y lo lleva á telégrafos... ¿Te parece bien?

—No.

—No admito réplica... Ahora mismo voy á enviar el telegrama.

El Conde no se atrevió á confesar á su amigo la promesa que había hecho á su mujer.

La excursión era conocida del conde Alfredo, que ya la ha-

bía realizado diferentes veces. La subida era bastante segura y sin peligros, después que el desastre de la Compañía inglesa, capitaneada por Vhympet, que fué la primera en conquistar en 1865 el famoso Matterhorn y en la cual, de siete personas no se salvaron más que tres; esto es, Chymper con dos guías; se habían multiplicado los medios de seguridad del moderno alpinismo para prevenir nuevas desgracias. Solamente el descenso resultaba peligroso, pues era difícil apoyar bien los pies sobre la nieve helada, y el menor resbalón podía ocasionar la muerte.

Aquella misma noche, la comitiva, compuesta por el Conde, su amigo, y un conocido suyo, dueño de un castillo de aquellas inmediaciones, y de dos guías, apoyándose en las cuerdas, colocadas en los sitios más peligrosos, y reposando muchas veces en las cabañas alpinas, llegó al grandioso pico de Matterhorn, cuando el Sol lo iluminaba con sus primeros rayos.

Indescriptible era el júbilo del suizo, que hacía por primera vez aquel viaje. Absorto ante el espectáculo maravilloso que se desarrolla ante su vista, permaneció algunos minutos mudo de asombro, y después su entusiasmo se desbordó en exclamaciones de alegría, de admiración y de triunfo, riendo y saltando como un niño, al propio tiempo que bebía copas de coñac para reponerse del frío que reinaba en aquellas inmensas alturas. El Conde, como jefe de la expedición, le encargó que moderase sus libaciones, recordándole que la bajada era mucho más peligrosa y difícil que la subida.

Después de comer opíparamente y de gozar muchas horas en la contemplación del paisaje que se desarrollaba ante su vista. Por debajo de ellos, las nubes, iluminadas por el Sol, ofrecían siempre nuevas sorpresas, alargándose, estrechándose, agrupándose y separándose como si danzasen en el vacío, haciendo aparecer y desaparecer llanuras, viñedos, ríos, villas y aldeas, de la manera más caprichosa é imprevista.

Finalmente, el Conde dió la orden de marcha. Éste estaba

serio, taciturno, pensativo. Veía que su amigo había bebido más de lo conveniente. Mandó, pues, que se atasen juntos los dos guías á la extremidad de la cuerda, detrás de ellos el amigo, luego el Conde para vigilarlo de cerca, y el castellano delante del segundo guía, ordenando además que todos bajasen en silencio y cuidaran de poner el pie en sitio seguro, para evitar un resbalón en la nieve.

Por algunos momentos el descenso se hizo con orden, aunque su amigo no se mostraba muy seguro al andar; pero poco á poco el suizo empezó á permitirse alguna broma y á mirar hacia atrás, con gran disgusto de Alfredo.

Llegaban entonces á un sendero largo que descendía rápidamente entre dos murallas de hielo. El Conde encargó á su amigo que marchase despacio, y hasta le marcaba el paso, diciendo *uno, dos, tres*. El suizo hizo un esfuerzo para ir á compás, pero de pronto resbaló sobre la nieve helada, y sintiéndose caer se apoyó sobre el guía que marchaba delante de él. El guía se replegó hacia atrás para no perder el equilibrio, pero por desgracia resbaló también y cayó hacia el abismo. El Conde hizo un esfuerzo supremo y agarrando la cuerda desesperadamente trató de impedir la catástrofe. El último guía hizo otro tanto, y sólo cuando vió que en vez de salvar á sus compañeros, iba á ser arrastrado con ellos, cortó la cuerda y permaneció así por milagro sobre el borde mismo del precipicio. Entonces corrió como un desesperado á Zermatt, para anunciar la tremenda catástrofe y pedir auxilio, aunque estaba convencido de que sólo se hallarían los cadáveres de sus infortunados compañeros de excursión.

Al romper el día acudieron los campesinos con cuerdas, ganchos y escalas, y después de esfuerzos inauditos y de correr grandes riesgos, encontraron á los cuatro infelices horriblemente mutilados.

Al anuncio de la catástrofe la condesa Sterni permaneció

muda como una muerta y no derramó una sola lágrima. Tuvo un parto prematuro y apenas si pudo bautizar al niño. Durante más de tres años estuvo encerrada en su casa, sin ir á misa, aun cuando fuese una fervorosa cristiana. Ahora le parecía que ni al mismo Dios podía perdonar que le hubiese robado á su marido de tan trágica manera y al primer fruto de sus entrañas.

Las rosas de la juventud huyeron de su rostro que tomó el color de la cera; pero el temple de acero de su carácter impidió que el aniquilamiento del cuerpo siguiese al del alma.

Para engañar al tiempo, que se le hacía horriblemente largo, se entregó á la lectura, y no de cosas fútiles y ligeras, sino de obras serias é instructivas, sin calmarse, no obstante más que superficialmente, sumergida como estaba en su luto inconsolable.

Una noche, soñando, le pareció ver á su Luisito con alas de ángel, que, revoloteando sobre la cima de un monte blanquísimo de nieve, recogía los *edelweiss* diciendo: «¡Para mi madre!» Mientras su marido, en traje de alpinista, subía al monte, costeando una vorágine para llegar á la cima. De pronto, le vió caer y deslizarse en el abismo. Entonces se despertó trémula y agitada y rompió á llorar desconsoladamente.

¡Aquellas eran las primeras lágrimas después de tres años de dolor!

Pero la crisis tan prolongada se había resuelto satisfactoriamente.

En el sueño vió un aviso del Cielo; en aquellas flores que su angelito recogía, las oraciones que por ella hacía al Señor. En su Alfredo que subía hacia la cima, donde se encontraba el fruto de sus amores, el alma del esposo adorado que quizá gemía en las penas del purgatorio, porque la esposa no se había cuidado de hacer buenas obras para abreviar el término de su salvación. Y tuvo remordimientos por su vida inerte é inútil, y experimentó la necesidad de cambiarla por completo.

Aquella mañana sus colonos vieron, con gran maravilla, que la señora iba á la iglesia, y que permaneció en ella largas horas...

Pensando en el modo de emplear su tiempo en bien de sus semejantes, y además honrar la memoria de su Alfredo, recordó un libro cuya lectura le había producido más impresión que los otros, y que llevaba por título *Maternidad social*.

Esta obra estaba dividida en cinco partes.

En la primera de ellas se demostraba, con la autoridad de los más insignes sociólogos y publicistas, especialmente de Le Play, de Julio Simón y de Roosevelt, la necesidad de reconstituir y sanear la familia, contagiada por el egoísmo y la licencia moderna, para salvar á la sociedad de los peligros que la amenazan. Con gran copia de hechos sociales, de estadística comparada y de razones teóricas y prácticas, se demostraba con claridad que, para obtener tal reconstitución, nada era tan importante como la salud física y moral de la mujer, ligándola al hogar doméstico, que es la primera unidad social, fundamento y piedra angular de la sociedad, concluyendo con Roosevelt que «un pueblo en que las mujeres no están convencidas de que nada hay para ellas más hermoso que ser buenas mujeres, buenas madres, no puede tener un porvenir próspero».

La segunda parte era un cuadro terrible y conmovedor de luto, de lágrimas, de opresión, de degradación y de embrutecimiento. En él se retrataban las inmensas é innumerables miserias de la mujer moderna, de la hija, de la esposa, de la madre, especialmente en las clases populares; la multitud siempre creciente de las jóvenes seducidas, devoradas por el monstruo insaciable de la prostitución; el mercado mundial de carne humana, ejercido con la trata de blancas; tantas mujeres abandonadas, atormentadas, condenadas á la miseria, á la vida de esclavas por el egoísmo brutal y lascivo de los maridos; tantas madres forzadas por la necesidad del pan cotidiano á desertar del hogar doméstico, á renegar del deber de cuidar á sus hijos, para arrojar-

se en el tumulto de la gran industria, encadenadas á las máquinas. Un vasto resumen de los hechos sociales, ilustrado por el estudio comparado de la estadística, confirmaba de modo irrefutable la creciente degeneración física y moral de la mujer, obligada por el egoísmo del hombre, que la trata como instrumento de placer y bestia de carga, como á *miembro intermedio entre el hombre y el gorila*, y por eso mismo el continuo retroceder de la sociedad hacia la corrupción pagana y la barbarie.

En la tercera parte el autor describía minuciosamente y flageaba con dureza la vida inútil, ociosa, estéril é insulsa que arrastran tantas señoras de la alta sociedad, libres de los afanes de la hacienda y del cuidado de la familia y de los hijos, y ocupadas exclusivamente en rendir culto á la moda, en lecturas frívolas, y en visitas enojosas. Severamente reprobaba su falsa devoción, que se limitaba á cumplir varios preceptos religiosos, sin cuidarse de regular la propia vida según el ideal del Evangelio y de la verdadera caridad cristiana, para adoptar el deber social hacia las clases inferiores, deber que es tanto más grave, cuanto mayores son las miserias físicas y morales del moderno proletariado femenino.

La cuarta parte consistía en una invitación, un llamamiento vivo, tierno, elocuente al ejercicio de la *maternidad social*. El instinto, el genio materno, depositado por la Providencia en el corazón de la mujer, como un tesoro inextinguible, que cuando no puede desplegarse hacia el fruto de sus entrañas, tiende naturalmente á detestar la compasión y la piedad de la mujer. El gran influjo, la autoridad moral y el dominio que ejerce incontestablemente la mujer de condición noble, en la familia y en la sociedad, sobre todo cuando se pone al servicio de los infelices y de los necesitados. Las alegrías indiscutibles de la maternidad espiritual, las lágrimas enjugadas, las penas aliviadas, las víctimas redimidas, la familia reconstituída, el mal impedido y el bien operado, que ampliamente recompensan toda priva-

ción y todo sacrificio; la facilidad con que prosperan, se dilatan y se agigantan las obras de asistencia femenina, porque van dedicadas á beneficiar á la parte más débil, tierna y delicada del organismo social. Estas y otras muchas razones exponía el autor con gran elocuencia, para ganar la voluntad de las mujeres libres, exhortándolas á abrazar la obra altamente humanitaria y cristiana de la maternidad social.

Por último, en la quinta parte se mencionaban y se explicaban con gran lujo de detalles, las varias instituciones de asistencia femenina; los modos prácticos de formarlas, promoverlas y administrarlas; los reglamentos que habrían de emplearse para asegurar su perfecto funcionamiento, y se citaban muchísimos ejemplos de tales obras, especialmente en Alemania, en Bélgica y en Francia. La protección legal de los trabajadores respecto á los salarios, al reposo festivo, á la higiene, á la habitación, á la jornada normal, al trabajo nocturno. La mutualidad con las obras de asistencia, de préstamos gratuitos y de seguros, en caso de enfermedad ó de falta de trabajo; los sindicatos y las cooperativas de producción y de consumo; la instrucción en los círculos sociales, en los cursos profesionales, en las escuelas prácticas de las familias; la protección de la pequeña industria rural para ligar al campo á las aldeanas; la residencia social en medio de las barriadas de obreros; en una palabra, todo lo que ha ideado la justicia y la caridad católica social en los tiempos modernos, para mejorar las condiciones materiales y morales del proletariado femenino, estaba expuesto en la obra de la manera más lúcida, más práctica y más atractiva.

En la conclusión recordaba el autor á las mujeres de las clases superiores que, no pudiendo las mujeres del pueblo ayudarse por sí para la propia rehabilitación, porque estaban privadas de conocimientos, de experiencia y de capital; de la iniciativa, dirección y liberalidad de las señoras modernas de-

pendía semejante empresa, y por eso mismo, siendo la mujer el corazón de la familia, era también la salvación de ésta y de la sociedad.

La condesa Storní releyó atentamente el libro, meditó mucho sobre él, y sintiendo una impresión profunda, le pareció que el dedo de Dios le señalaba una nueva vía para dar á su existencia un empleo digno de ella.

En la soledad del palacio maduró ampliamente el proyecto de una Asociación enteramente nueva de asistencia y protección á la mujer, que fuese, por decirlo así, la matriz fecunda de muchísimas otras, y que, abrazando todas las clases sociales, se extendiese á aliviar todas las miserias y todas las necesidades de las mujeres del pueblo. Se procuró los mejores libros y los periódicos más autorizados; estudió con atención el movimiento femenino cristiano del exterior, para conocer todos los pormenores necesarios. Cuando creyó encontrarse bien preparada para iniciar la empresa, se trasladó á la ciudad y puso manos á la obra.

Dueña de muchos millones, parte por su dote y parte por la herencia del Conde, que le había dejado en testamento todo su patrimonio, le sobraban los medios para llevar á cabo su proyecto y realizar las empresas más vastas y más atrevidas. La perspicacia de su ingenio, la energía de su voluntad, la facilidad de su palabra, le hacían singularmente idónea para la obra. Por lo tanto, acudieron á su primera invitación muchas señoras de la aristocracia y la clase media rica, que se consideraban altamente honradas con ofrecer su cooperación á un trabajo tan noble y tan fructuoso.

En pocos días fué discutido y aprobado el reglamento que había redactado la Condesa. En seguida se constituyó el núcleo de la nueva Sociedad con sólo treinta personas, y en la primera reunión eligieron presidenta á la Condesa por aclamación.



XII

Alianza femenina.

A PENAS se hubo extendido por la ciudad la noticia de la nueva institución, y se conoció su singular estructura, no faltaron las críticas mordaces contra la Condesa, especialmente en los salones elegantes, donde, por regla general, sólo se pensaba en diversiones ilícitas, y en las cuales la perfumada elegancia y la etiqueta irreprochable, se muestran tanto más mordaces, cuanto mayor resulta la actividad ejena.

La empresa era tan nueva y tan insólita, que parecía á muchas gentes extraña y extravagante, ofreciéndose con ello materia á la maledicencia, ejercicio fácil y agradable de desempeñar en todas partes.

Pero semejante oposición no impidió que la Condesa realizase su proyecto; al contrario, antes le sirvió de estímulo para redoblar sus esfuerzos y acreditar y divulgar la obra. La nobleza de su corazón, la rectitud, la energía, la actividad de la fundadora, vencieron todos los obstáculos y de día en día se vió aumentar el número de las adhesiones.

La *Alianza femenina* reunía, como ya se ha dicho, á la mayor simplicidad de su organismo la mayor diligencia en el empleo de los medios para alcanzar, mediante la pronta eficacia de sus miembros, los propósitos de la piadosa Asociación.

Los miembros eran de tres categorías: *vigilantes*, *veloces* y *asiduas*.

Entre las primeras había dos por cada barrio de la ciudad que obraban por turno ó conjuntamente, sustituyéndose y concertándose entre sí para que cada una de ellas pudiese desempeñar su misión. Consistía ésta únicamente en velar é informarse de todo lo que ocurría en el barrio y se relacionaba con el programa de la Sociedad, para referírselo á la presidenta. Con tal objeto cada una de las *vigilantes* tenía en su casa teléfono para entenderse con la sociedad.

Las *veloces* también tenían teléfono en casa y acudían en el acto para realizar sin dilación los encargos que se les confiaban. Cada una de ellas tenía horas fijas en las cuales debía encontrarse en su domicilio á disposición de la presidencia. Las horas de servicio las marcaba ésta.

Las *asiduas* constituían el Consejo de la presidencia, con voto consultivo en ciertos asuntos y deliberativo en otros de mayor importancia. Las reuniones eran diarias y en cada una de ellas, la presidencia informaba minuciosamente al Consejo sobre la situación de la Sociedad; y después se acordaban los medios prácticos para la rehabilitación material y moral de la mujer.

Las *vigilantes* debían además vigilar á las personas protegidas por la Sociedad, y dar cuenta de su comportamiento á la presidencia. Las *veloces*, al propio tiempo que las visitas extraordinarias, tenían también las visitas ordinarias y periódicas á las personas beneficiadas y debían investigar la obra de las *vigilantes*. Las *asiduas* ejercían la vigilancia de las *veloces*.

El número de las *vigilantes* estaba determinado por el de los barrios; las *veloces* eran muchas y sin limitación de número; las *asiduas* no pasaban de doce.

La Junta estaba constituida: por la presidenta, la vicepresidenta, dos secretarías, una contadora y una tesorera, que vivían siempre juntas. Las *vigilantes* y las *veloces* eran aceptadas ó

rechazadas por el Consejo por mayoría de votos. Por el contrario las *asiduas*, eran nombradas en Junta general. La presidenta, tenía el derecho de nombrar á la vicepresidenta, las secretarías, la contadora y la tesorera. Las reuniones generales se celebraban una vez al mes con gran solemnidad, y tendían principalmente á fomentar el espíritu de familia entre los miembros de las tres clases de que estaba compuesta la Asociación y á estimular y reanimar el celo de todas para el cumplimiento de su misión. Por eso en la primera parte, que era informativa, la presidencia daba un informe minucioso de las obras realizadas por la Sociedad. En la segunda parte, después de un discurso animando á la prosecución de la obra seguía un entretenimiento de música vocal é instrumental. La Sociedad era rica en rentas, por la dotación asignada por la Condesa y por otras señoras de la aristocracia. Por tanto, según los estatutos, las *vigilantes* y *veloces* no contribuían á la caja social; pero en cambio, las *asiduas* pagaban una cuota fija. En las dos primeras clases se contaban gran número de personas del pueblo y de la clase media. Las *asiduas* eran matronas nobles y ricas de la alta sociedad. De este modo los tres estados sociales estaban admirablemente asociados y armonizados en el principio de la fraternidad cristiana. Cada clase llevaba su distintivo especial siempre visible, esto es, una escarapela al pecho, verde la *vigilante*, azul la *veloz* y violeta la *asidua*.

Con este orden tan sencillo, disciplinado y expedito, la *Alianza femenina* desplegaba una actividad maravillosa, y en poco tiempo había envuelto en sus mallas á toda la ciudad. Ninguna obra de asistencia femenina, moral ó material, momentánea ó estable, estaba excluída de los estatutos, siendo preferida especialmente la asistencia con trabajo á domicilio. El ahorro, el socorro mutuo, el crédito de seguros para las mujeres, la cooperación en las labores femeninas, la enseñanza profesional, la protección á las jóvenes, la asistencia de los recién nacidos y

de las madres abandonadas, todo entraba en el programa de la nueva Sociedad. Tenía también un asilo para las niñas huérfanas y abandonadas; un hospicio para los jóvenes, una sala de recreo y de lectura, una secretaría general y una oficina de colocaciones, una escuela práctica de familia y varios oratorios para la instrucción religiosa y para las prácticas de la vida cristiana.

En brevísimo tiempo había alcanzado un desarrollo prodigioso. ¡Cuántas jóvenes, que sin ella habrían caído en brazos de la prostitución, se habían salvado! ¡Cuántas madres preservadas de la desesperación! ¡Cuántas pobres mujeres, solas, desvalidas, víctimas del egoísmo brutal del hombre, habían encontrado amparo y defensa! La nueva Asociación se iba extendiendo cada vez más y era temida de los enemigos, que en vano habían adoptado contra ella la calumnia, la traición, el terror y todas las artes más viles para impedir su desarrollo. En esta Sociedad, la mujer débil é indefensa encontraba la fuerza, la ayuda, el valor para defenderse y luchar felizmente contra todos los asaltos y las insidias tendidos á su dignidad y para reivindicar la propia libertad.

La cuestión del feminismo se desenvolvía prácticamente, huyendo de todas las exageraciones y esquivando todos los peligros...

Nuestra protagonista, la simpática Ida, fué admitida por unanimidad entre las *veloces*, y durante dos horas al día se puso al servicio de la presidencia. Qué contenta estaba de no encontrarse sola en el mundo, ya que su pobre madre no podía ofrecerle otro consuelo que el de prodigarle sus afectuosos cuidados en el declive de una vida que se agotaba lentamente y que había consistido en un largo martirio.

Cuando entró por primera vez en la oficina con su distintivo en el pecho, fué acogida con un aplauso irónico seguido de felicitaciones burlescas. Á este nuevo insulto, que excedía de

los límites de la decencia; la joven se calló, después el rubor le salió al rostro, y sin poder contenerse, exclamó con acento digno y enérgico:

—Sepan ustedes, de una vez para siempre, que este distintivo permanecerá siempre en mi pecho, y que de hoy en adelante lo llevaré con mayor orgullo que nunca, por haber merecido su desprecio. Y sepan, además, que me honro también mucho con la injusta guerra que me han declarado. Continúen ustedes, pues, en su actitud caballeresca con una pobre mujer indefensa. Sólo quiero rogarles dos cosas: que cuando hablen de libertad de conciencia, recuerden la manera cómo han tratado á su compañera de profesión. Y cuando quieran juzgarse á sí mismos, piensen en lo que harían si yo fuese hombre y me condujese con sus hermanas como ustedes lo hacen conmigo.

Á estas palabras, pronunciadas con una dignidad de reina ultrajada, que añadía un esplendor más al rostro de la *colega con faldas*, nuestros héroes se hicieron los tontos. Ida se puso á trabajar.

Al salir de la oficina, donde aquella noche había quedado de guardia Ida, uno de los cuatro telegrafistas dijo á los tres restantes:

—Hoy el *colega con faldas* nos ha dado una soberbia lección.

Y añadió otro:

—Y lo peor del caso es que tuvo razón.

El tercero añadió, alzando los hombros:

—Después de tirarnos de las orejas moralmente, ya no le falta más que pegarnos materialmente.

El último se calló y siguió pensativo. Aquella escena le había conmovido. Pronto sabremos por qué.



XIII

Cuerpo á cuerpo.

UNA mañana mientras Ida, que á la sazón estaba libre de servicio, se ocupaba en arreglar algunas ropitas para los niños de una pobre mujer abandonada por su marido, fué llamada al teléfono de parte de la Condesa, rogándole que acudiese á verla en el acto.

Apenas llegó á casa de la señora ésta la abrazó diciéndola:

—Hija mía, quiero confiar á usted una empresa bastante escabrosa para la que se necesita un ánimo viril. Por eso he pensado en usted. Se trata de libertar á una pobre joven de la esclavitud más infame y de volverla á la vida.

—Con tal de que ella se quiera salvar.

—De eso no hay duda. En la calle de Granchí, núm. 5, hay una casa maldita, casa de escándalo y de abominación, dirigida por aquella furia del infierno que en el Congreso feminista ha blasfemado de la Santa Virgen, haciendo una proposición de que se avergonzarían, si fueran capaces de ello, hasta los tigres. Hace pocos días entró en esa casa un joven oficial educado cristianamente en un colegio, pero extraviado por la vida militar, viéndose delante de una joven que arrojándose á sus pies, y derramando copiosas lágrimas le rogó por el amor de Dios que la libertase de aquel infierno, pagando por ella 300 francos, canti-